

La Torre del Peinador de la Reina o de la Estufa*

La Torre del Peinador de la Reina hállase al norte de la Casa Real de la Alhambra, de cuyo recinto forma parte, en situación dominante sobre el río y el valle del Darro. Su planta es rectangular, midiendo sus lados 8,10 y 5,75 metros. Hoy la ocultan a sur construcciones, cercanas, levantadas en tiempo de Carlos V; desde las torres de Comares y de las Damas distínguese bien su maciza y esbelta masa y las líneas de sus aristas, con el remate de graciosos arquillos escanzanos sobre esbeltas columnitas, abrigado todo por una cubierta a cuatro vertientes. Sus muros lisos, cuyo revoque tiene un tono ocre rojizo de admirable pátina, tan sólo estaban interrumpidos, antes de la reciente reparación, por tres pequeños ventanillos en los frentes de saliente, norte y poniente. La lisura y desnudez de la torre contrastan felizmente con la fragilísima arquería alta, prestando singular atractivo al conjunto.

La estancia árabe. Tiene esta torre una estancia árabe, poco conocida y muy maltratada, y otra encima que se acondicionó en el siglo XVI, con galería en torno, mucho más nombrada por ser de las partes de la Casa Real que visitan todos los turistas.

Al aposento árabe se llega por una puerta situada en el muro norte del patio de Daraxa. Hasta que se levantaron las construcciones del siglo XVI que lo cierran, debió verse la torre desde el frontero mirador; entre éste y aquélla se ha supuesto que se extenderían jardines, lo que no es muy verosímil (1).

La citada puerta abre a un espacio, cobijado por los suelos del corredor alto y de las habitaciones llamadas de Wáshington Irving. En él, según manifiestan los documentos antiguos y los planos de

* Publicado en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, n.º 21, septiembre-diciembre de 1931.

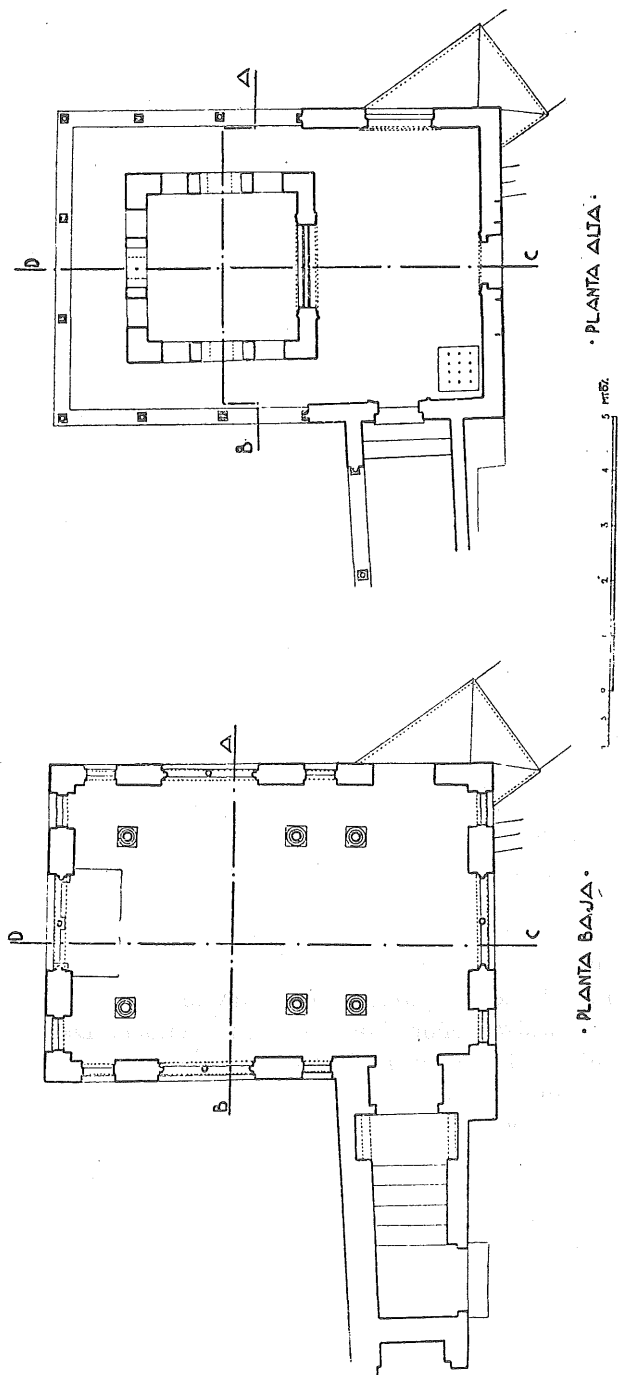
los Académicos (2), hubo una serie de muretes de ladrillo y cítaras, limitando pequeños aposentos, una escalera y un pasadizo, obras de los siglos XVI a XVII. Fué aquí, sin duda, donde vivían soldados en 1691. Su aspecto actual proviene de las reparaciones realizadas de 1837 a 1842, incluso el gran arco que da a norte y que se hizo este último año, con la parte de muro inmediato sobre el adarve.

Tales construcciones ocultarían casi por completo, durante los últimos siglos, la puerta árabe, no registrada en los planos de entonces. Abrese inmediata a la Torre, en el frente del sur, y tiene gran importancia decorativa, demostrando la riqueza del aposento a que da entrada.

A más de este acceso, llégase a dicha puerta por el adarve cubierto o camino de ronda que va por bajo del Salón de Embajadores. Como todas las del recinto era, pues, esta Torre, a la vez, parte del palacio y elemento de defensa. Hoy ese camino de ronda, abovedado, interrumpe algunos metros antes de llegar a ella. Después de cruzar por su aposento seguía hacia levante, al Patal, por el adarve; arruinado este trozo de la muralla en 1831, reconstruyóse con menor altura algunos años después. Lo confirma el reconocerse aún en el muro oriental de la Torre el sitio en el que estaba la muralla, viéndose el hormigón saliente, a más de la puerta de salida a él. En un dibujo de Roberts, del que se hablará más adelante, aparece la muralla en ruinas, llegando hasta la altura del alféizar de los balcones.

La puerta árabe tiene dintel de madera finamente labrado, con inscripción cursiva, y encima fingidas dovelas de escayola, sobre las que hay un rectángulo con dibujo de lazo y estrellas de relieve con inscripciones que dicen: «Alabanza a Dios», «El reino pertenece a Dios» y «Gloria a Dios» (3). La recuadra a modo de alfiz una faja de yesería con el letrero, incompleto: «Al feliz retorno de Abu Abdallah Alganí Billah, hijo de nuestro señor el Emir de los musulmes, el Sultán ilustre, el Rey noble, guerrero, dispensador de generosas dádivas, el terrible, el que protege a los clientes, el que subyuga a los enemigos de Dios, el eminente Abul Billah» (4). Todas estas labores son de yeso y fueron labradas *in situ*. La inscripción del alicer de madera que está encima y fué descanso del alero, dice así: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Te hemos abierto una puerta manifiesta para que Dios te perdone lo presente y porvenir de tus pecados. Dios ha dicho la verdad.» Del alero,

TORRE DEL PEINADOR DE LA REINA

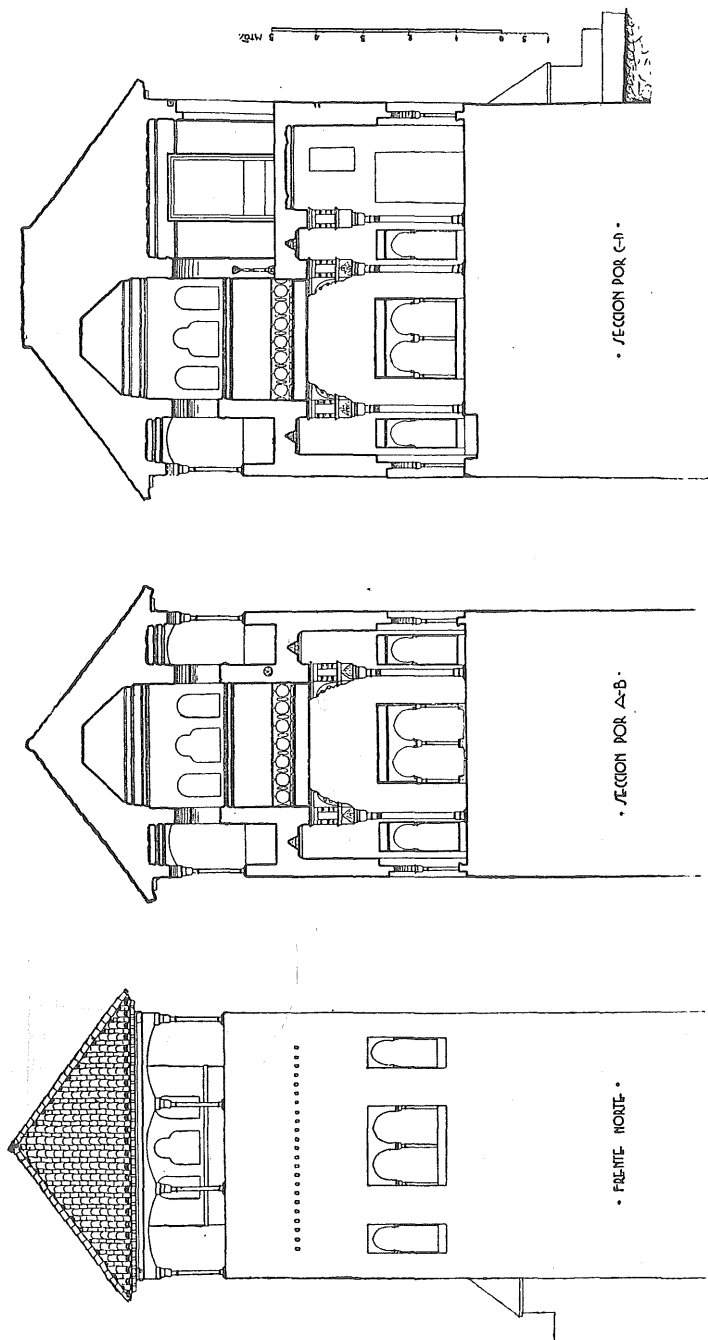


que debió ser muy rico, no queda apenas rastro (5); en sus extremos vense restos de dos pilastras voladas que sostendrían ménsulas mayores, con disposición análoga a la de la puerta del Mexuar, en la misma Alhambra.

Este ingreso da entrada, como se ha dicho, a un pasadizo (6), en el que, a la derecha, cinco escalones con alizares verdes, obra posterior a la Reconquista, rehecha recientemente, permiten alcanzar la puerta de la estancia interior, en las enjutas de cuyo arco, en círculos, se lee: «Gloria a nuestro señor Abul Achach, ayúdele Dios.» A cada lado hay un nicho y en idéntico lugar de sus arcos, sendos letreros dicen: «La bendición.» La puerta fué de dos hojas, quedando en la plancha los agujeros circulares que servían para su giro.

El interior de la estancia tiene 7 metros por 5 y está dividido en dos partes por otras tantas columnas, que apean dos arquitos en los extremos y un dintel intermedio, del que apenas se distinguen sus primitivas pinturas de lazo. Entre las columnas y el muro sur queda una parte o pieza rectangular de la habitación, cubierta con techo plano de madera, de viguetillas gramiladas y techillos labrados, según modelo muy repetido en la Alhambra. Frente a la puerta hay otro hueco, que fué salida al adarve, con una ventanilla encima—otra idéntica, que tuvo celosía de yeso, se ve sobre la puerta—; a la derecha existió una chimenea o sahumero, de ladrillo y barro, para la que se aprovechó una gran tinaja invertida, de fondo perforado, correspondiéndose con una losa de mármol agujereada, en la habitación alta, obra pegadiza a la árabe y hecha en tiempo del Emperador tapando una ventana antigua y varias labores, y que dió entonces nombre a la Torre, sirviendo para quemar perfumes que, por los agujeros de la losa, llegaban al piso alto. En las obras recientes de reparación desmontóse esta chimenea, conservando la losa del piso alto.

Encima de los capiteles, en medallones, figuran los letreros «Gloria a nuestro señor Abul Achach, ayúdele Dios» y «Ya que hasta aquí nos has dispensado tus beneficios, síguelos concediendo y se te darán las alabanzas». Bajo el techo quedan restos de una faja de inscripción de escayola, en caracteres cúficos, que rodeaba esta parte de la habitación y dice: «Sólo Dios es vencedor», letrero que, en cursiva, se repite en otra faja que contornea por ambos lados los dinteles del cuerpo de luces. Estos, como toda la decoración interior, son de escayola y vaciados.



TORRE DEL PEINADOR DE LA REINA

La otra parte de la habitación es cuadrada: cuatro columnas en ella forman el cuadro y sostienen los muros de la linterna o cuerpo de luces, interrumpido en el siglo XVI por un suelo de viguetillas lisas, desmontado hace poco. En torno queda un angosto corredor, cubierto con techo de lazo, y cupulines de mocárabes. Las columnas son de mármol de Macael y apean pilares de ladrillo que sostienen a su vez dinteles, con ménsulas y decoración de escayola revistiendo totalmente aquéllos, y entre la que, en varios letreros, se lee, unas veces «La salvación» y otras «La victoria».

Sobre la faja de escayola con inscripciones que recubren los dinteles, en el cuerpo de luces, reconócese hoy los restos de otra de escudos de la banda con el lema nazarí, dentro de una cinta que dibuja polígonos, cuyos restos se han descubierto al quitar el piso que interrumpía desde el siglo XVI la linterna, quedando hoy ésta con su disposición primitiva.

Adornó esta habitación delicadísimo zócalo pintado sobre estuco, de 90 centímetros de altura, con dibujos de lazo en rojo y verde, muy deteriorado todo él (7). Tuvo también tres balcones por frente; dos pequeños, a los lados, y uno central, mayor. Investigaciones realizadas a fines de 1928 y comienzos del 29 permitieron, por algunos restos conservados, conocer su disposición primitiva. Los pequeños tenían arquillos de yeso sobre medias columnas y faja rectangular, decorada, encima; los grandes formábanse por dos arcos gemelos con columna central y medias columnas en los extremos, albanegas con labores de ataurique y una faja sobre ellos con bella inscripción cursiva en la que se desarrollan en tres partes los versos 1 a 4 de la sura XLVIII del Corán. Todas estas labores eran de yeso y talladas. La referida exploración fué causa de descubrir en algunos de los balcones unos alféizares de 20 centímetros de altura, y en ellos bellos alizares, vidriados en blanco, con inscripción de técnica gráfica popular, en oro, de reflejo metálico, algunas líneas de azul pálido y fondo de espirales doradas. Repiten la eulogias «¡Gloria permanente!», «¡Gloria segura!» (8). De tales piezas quedan algunas en su sitio; otras se encontraron sueltas (9), conociéndose de antiguo una que, procedente de Granada, figura hoy en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid. El resto del alféizar y la solería del balcón estuvieron recubiertas de piezas vidriadas, cuadradas, puestas en diagonal, y otras triangulares, blancas y negras, rodeadas de cinta verde, de las que quedan algunos restos. Otro hallazgo

de gran interés fué el de unos azulejos de fondo blanco y decoración en verde cobrizo, muy pálido, azul de cobalto, violeta (óxido de manganeso), y retoques de oro, perdidos éstos: aparecieron tres en los ángulos de la habitación, como único resto de la solería primitiva, siendo extraordinario que antes no se hubieran visto; sin duda, toda ella estuvo formada por piezas semejantes y existen en el Museo de la Alhambra, a más de numerosos fragmentos encontrados en los vertederos del bosque próximo y alrededor de esta Torre, cuatro ejemplares que se dicen procedentes de su escalera. Las baldosas son triángulos rectángulos, dos de los cuales formaban un cuadrado de 27,5 centímetros de lado. Las que están *in situ* representan, una, un hombre con jubón sosteniendo el escudo de la banda y corona real encima; y las otras, ciervos, al parecer, figuras siempre encerradas dentro de octógonos de lados cóncavos, a modo de medallones, que se completan con dos azulejos, dibujo este último que se ve en las yeserías de la sala de la Barca, obra de Mohamed V. Alrededor de los medallones desarróllanse atauriques de flores con cinco pétalos, entre tallos ondulados. Las figuras dentro de los octógonos revelan influjo gótico, probablemente a través de Italia. Pudo pertenecer a esta solería otro fragmento de azulejo del Museo de la Alhambra, pieza cuadrada representando un dragón de dibujo gótico sosteniendo el escudo nazarí (10).

En suma, revela esta maltratada y desconocida estancia suntuosidad y refinamiento extraordinarios, tanto en las pinturas de sus zócalos y en las casi totalmente perdidas de los dinteles y planchas de balcones, como en la cerámica interesantísima de los alfizares de éstas y de la solería. Casi totalmente calada por sus cuatro frentes, con espléndidas vistas sobre el Albaicín, la Alcazaba, el valle del Darro y el Generalife, debió ser uno de estos magníficos miradores sobre el paisaje granadino que demuestran el amor de la corte nazarí al goce espiritual de la contemplación de la Naturaleza (11).

El Peinador del siglo XVI. La parte alta de la Torre tiene acceso, desde las salas mandadas hacer por Carlos V, por un corredor o galería, construido en el siglo XVI sobre el adarve de la muralla, y restaurado en 1842, siguiendo la misma disposición que la obra anterior y conservando de ella tan sólo algunas maderas y las columnas de mármol, árabes unas y del siglo XVI, parejas de las de la galería intermedia del frente sur del patio de la Alberca, las res-

tantes. Los arcos que sostienen son escazanos. La muralla sobre que descansa hízose, en casi toda su altura, el mismo año, y entonces construyóse también un gran arco de ladrillo, bajo la galería, en sustitución de un dintel de madera que amenazaba caerse y que reproducen grabados de entonces. Las paredes, pretil y arcos de este corredor fueron pintados, de 1537 a 1539, por Julio de Aquiles, natural de Roma (12), y Alexandro Mayner. Argote alcanzó aún a ver algo de ellas y las describe así: «En sus arcos rebajados, se ven restos de adornos de pintura, executados con perfección, por el estilo de las lochas de Rafael. En los plafones se representan metamorfosis de hombres y mujeres en árboles, aves y otros animales; y en el medio, medallas con bustos, y medallones con estatuas de ríos. Encima de los capiteles hay pintados otros caprichos por el mismo gusto, que llenan el intermedio de los dos arcos» (13). Enlucidos y blanqueos posteriores han hecho desaparecer totalmente estas pinturas que estarían muy deterioradas.

El piso alto de la Torre fórmase por una antecámara, pieza rectangular con acceso por la galería citada; el vacío de la linterna, abierto a aquélla por amplio arco de medio punto, y una elegantísima galería o corredor que la rodea por los frentes de saliente, norte y poniente. Los muros aparecen primorosa y correctamente pintados, así como el techo, aunque el sol, la lluvia, el viento y, sobre todo, los visitantes, con la vieja manía de grabar sus nombres, las han deteriorado mucho. Los grafitos son casi todos del siglo XVIII y de los primeros años del XIX, y entre ellos abundan los nombres extranjeros (14).

El cuerpo de luces conserva nueve ventanitas de medio punto, algo ensanchadas las tres centrales, en las que hubo vidrieras de grisalla con labores de grotesco. Cúbrese con un techo árabe de cuatro paños y almizate, cuajados de lazos de ocho, que tuvo bovedita de mocárabes, hoy perdida, en su centro, y se doró y pintó en el siglo XVI; bajo él corre un friso o alicer de madera con inscripción árabe que se repite ocho veces, dos en cada parte, y dice: «Victoria y poder y éxito seguro para nuestro Señor Abul Hachach, emir de los creyentes» (15). Entre los dos letreros de cada parte se ve el escudo de los reyes nazarís con la banda diagonal atravesada y el consabido mote. El Padre Echevarría (15) escribe que «en un friso, que circunda todos cuatro lados de este gabinete o tocador», se leía la siguiente inscripción árabe, tomada del Corán y hoy

desaparecida: «En nombre de Dios, que es misericordioso, y tiene misericordia. Sea Dios con Nuestro Señor y Profeta Mahoma; y a los suyos, y sus amigos, salud y salvación infinitas veces. Dios es la lumbré del cielo, y de la tierra, y la lumbré suya es como él; es como luminar, que siendo muchas las lumbres suyas, es uno él: y es lámpara de lámparas, como si fuese constelación luciente, y que arde con óleo santo, no occidental ni oriental, y que encendiéndolo alumbra y sin tocarlo es luz sobre luz. Y Dios guía con su lumbré a quien él quiere. Y Dios es dador de los proverbios a las gentes. Y Dios es sabio en todas las cosas.»

La galería, desde la que se distingue admirable panorama, tiene columnitas y capiteles de mármol, arábigos, y arcos escazanos, semejantes a los de la entrada. Las guarniciones y molduras de ventanas y puertas, así como las impostas, que estuvieron doradas, son finísimas y muestran un arte selecto. La antecámara de entrada tiene una puerta a la izquierda, tapiada hasta hace poco tiempo, que daba paso a un corredor y escalera, del siglo XVI, desaparecidos; frente a aquélla hay una ventana. A la derecha de la entrada está la losa de mármol por cuyos agujeros ascendían los perfumes quemados en la habitación de abajo, lo que le valió a la Torre el ser llamada de la Estufa.

Pero lo más interesante de esta parte alta de la Torre son las pinturas que la decoran: hechas al fresco, de 1539 a 1546, por Julio de Aquiles (16) y Alexandre Mayner, discípulos tal vez de Rafael Sanzio, en estilo pompeyano y muy semejantes a las decoraciones pintadas por aquél y sus discípulos en las célebres *loggias* vaticanas. Descubrió los nombres de sus autores, ilustrándolas y describiéndolas, D. Manuel Gómez-Moreno (17).

«En la primera habitación se ven ocho cuadros con paisajes en perspectiva caballera, de gran fidelidad, en los que se representa la expedición del Emperador contra Túnez, para combatir a Barbarroja, en 1535; en el primero, comenzando por la derecha, está la salida de la escuadra del puerto de Cagliari, distinguiéndose la galera imperial por sus estandartes amarillos; en el segundo, el próspero viaje con rumbo al Africa, y en los cuatro siguientes se repite el panorama de las costas tunecinas con admirable exactitud; vese el golfo protegido por la fortaleza de la Goleta; detrás, el lago, a cuyas márgenes se extiende la ciudad, y en el fondo el desierto, donde están las ruinas de la célebre Cartago. Sobre esto se repre-

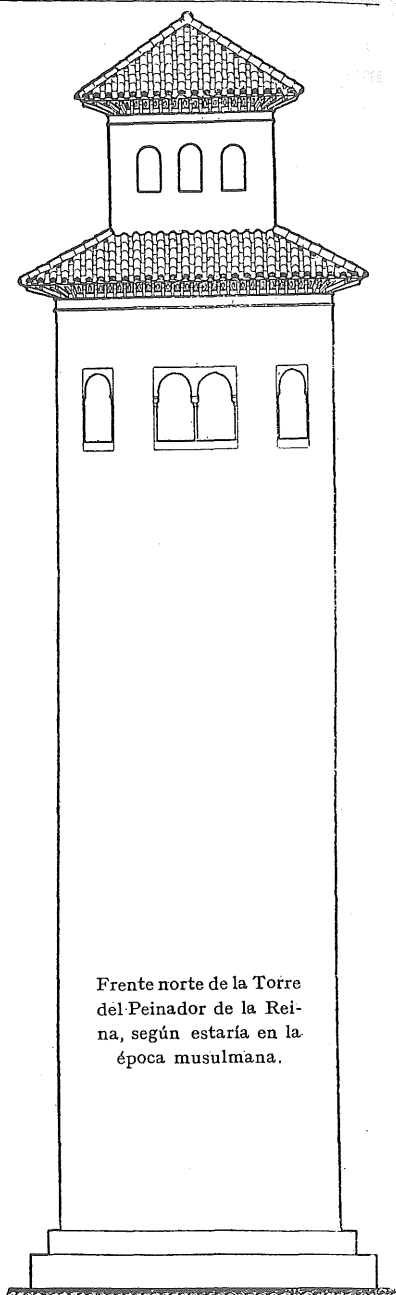
senta, en pequeñísimo tamaño, el desembarco de las tropas, los campamentos, escaramuzas y combates con los moros, y, por último, el ataque y toma de la Goleta con la retirada del ejército cristiano, cuya navegación se representa en el cuadro séptimo, y en el último la llegada del Emperador con parte de la flota al puerto de Trápana, en Sicilia.» Casi todos los cuadros estaban llenos de firmas y rasguños que los han deteriorado enormemente; «en los quinto y sexto aparecen escritos los siguientes nombres topográficos: PORTO FARINA, TORRE DE LAQUA Y TORRE DELLE SALINE, que descubren el italianismo de sus autores. El zócalo de la habitación fué pintado por Julio, pero está casi perdido; obra del mismo consta que son los dos frisos inmejorablemente hechos, de encima de las puertas del mirador, y es también bellissimo el que rodea toda la estancia a raíz del techo, que también lo pintaría Julio, salvo un trozo de diferente colorido y menos retoque, pero no poca maestría, que será de Alexandre, el cual debió trabajar mucho en los cuadros. Una restauración que se nota en dicho piso creemos que es la hecha por Bartolomé Raxis en 1624». Más tarde, cuando se repararon estos aposentos para la venida de Felipe V, substituyóse la inscripción PLVS OULTRE de las cartelas del friso, que aun se descubre en algunas, por las iniciales de Felipe V y su mujer Isabel de Parma, seguida la primera de una E, para evitar confusión con las de los Reyes Católicos.

«La habitación central tiene sus paredes cubiertas con delicadísimo ornato de flores, tallos, animalejos, figuritas y otra multitud de caprichos sobre fondos rojos o blancos»; «en medio de las paredes resaltan cuadritos de puro estilo rafaelesco con la fábula de Faetón: el de encima de la puerta tiene a sus lados preciosos niños señalando el espejo que tiene en su otra mano, aludiendo al destino de esta pieza para tocador de la Emperatriz (18), y el de enfrente aparece sostenido por dos figuras de mujer; estos cuadros y figuras debieron ser pintados por Alexandre, así como la ornamentación, por Julio, que poseía inimitable primor y óptimo gusto para los grotescos, en tanto que su compañero se distingue por la elegancia de sus figuras, inspiradas en las de Rafael, ejecución fácil y toque largo y seguro». «Las paredes y arcos del mirador o galería se hallan pintados asimismo de grotescos, aunque la intemperie ha destruído mucha parte, y lo más notable son las figuras de la Templanza, Esperanza, Fe, Caridad, Justicia y

Fortaleza, que se descubren en los ángulos, obra al parecer de Alexandre.»

La solería de la habitación de entrada es de losas de barro cocido y alambrillas en relieve, del siglo XVI, y otras pintadas, posteriores; la linterna tuvo, cortándola, como se ha dicho, suelo de azulejos de lazo, del mismo siglo, recuadrando otros pintados del siglo XVII o XVIII, levantados todos en la última reparación. Los techos de la habitación de ingreso y galería son de viguetillas, sencillos, con restos muy deteriorados de pinturas de flores, adornos de oro y pájaros en las tabicas, retocadas sin duda en épocas más recientes. Finalmente, completaban esta estancia tres puertas y una ventana, desaparecidas, pintadas por Julio de Aquiles. Tal vez lo fuese también por éste la que se ha colocado modernamente en el paso de la Sala de la Barca a la Reja, y que conserva leves restos de pintura.

Atraviesa la parte baja del macizo de esta torre una escalera o bajada secreta, descubierta en 1907 al desescombrar su pie. Concluye en un rellano del bosque, cerca del Molino de la Cuesta del Rey Chico. Quedó cerrada por lo alto cuando hacia 1840 reconstruyóse la muralla caída pocos años antes (1831), a levante del Peinador. Nosotros, guiándonos por un dibujo de Roberts, la dimos salida, rompiendo el muro y completando los peldaños hasta la parte alta de esa muralla reconstruida. Hízose esta obra en los años 1923-24.



Frente norte de la Torre del Peinador de la Reina, según estaría en la época musulmana.

Aspecto de la Torre en la época árabe. Su aspecto primitivo, muy distinto del actual, debió alterarse poco antes de 1539 (19), al construir Carlos V las habitaciones inmediatas. Tenía entonces, tan sólo, la planta baja, con cuerpo de luces o linterna con ventanitas en lo alto y disposición semejante a la de las Camas y Mexuar, muy alterada hoy también en este último lugar, cuyo recuerdo conservan aún algunas torres de iglesias granadinas, como las de Santa Ana y San Andrés. Fuera del cuadro limitado por las columnas quedaba una parte del aposento, rectangular, con puerta de ingreso en el muro de poniente y otro hueco parejo en el testero opuesto, por el que se pasaba al adarve. Tejadillos sobre aleros muy salientes, con canecillos inclinados hacia lo alto, de cuyas entradas aun quedan huellas bajo el guarnecido (20), cubrían los espacios entre el



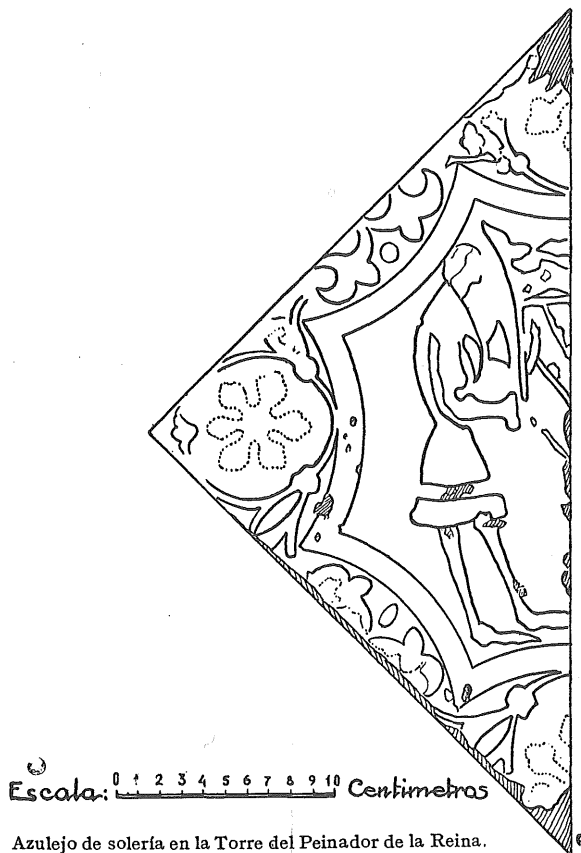
Escala "centímetros"

Canecillo encontrado en el Peinador de la Reina.

cuerpo de luces y los muros exteriores, y sobre estas cubiertas de los corredores sobresaldría la linterna cuadrada, con tres ventanitas de medio punto en cada uno de sus frentes, alero y tejado a cuatro vertientes.

El pasadizo con los peldaños, que da entrada a la estancia árabe, cubriríase con tejado a dos vertientes sobre canecillos volados, cuyas cajas y colas se reconocen en el muro sur, entre la puerta y la torre. La obra del Emperador consistió en desmontar las cubiertas alrededor de la linterna y, elevando los muros de la Torre, construir una galería o paseador en torno al cuerpo de luces, cubriendo todo ello con una cubierta a cuatro aguas, cortando la linterna con un suelo a la misma altura que el de las galerías, para aprovechar su parte alta, que comunicaba con las demás habitaciones de Carlos V por otro corredor o galería, aún en uso, construída sobre el adarve de la muralla. Pero no sólo tuvo esta entrada dicho cuerpo alto. En su muro de mediodía vese una puerta, que comunicó con un pasadizo por el que se llegaba a una de las habitaciones llamadas hoy de Wáshington Irving, y una escalera que bajaba al piso inferior, construcciones éstas que se ven en el plano de la Alhambra de

Machuca, hoy en la que fué Biblioteca Real, y en el de la obra llamada de los Académicos, y que parece desaparecieron en los comienzos del siglo pasado, excepto la escalera, derribada de tiempo atrás.

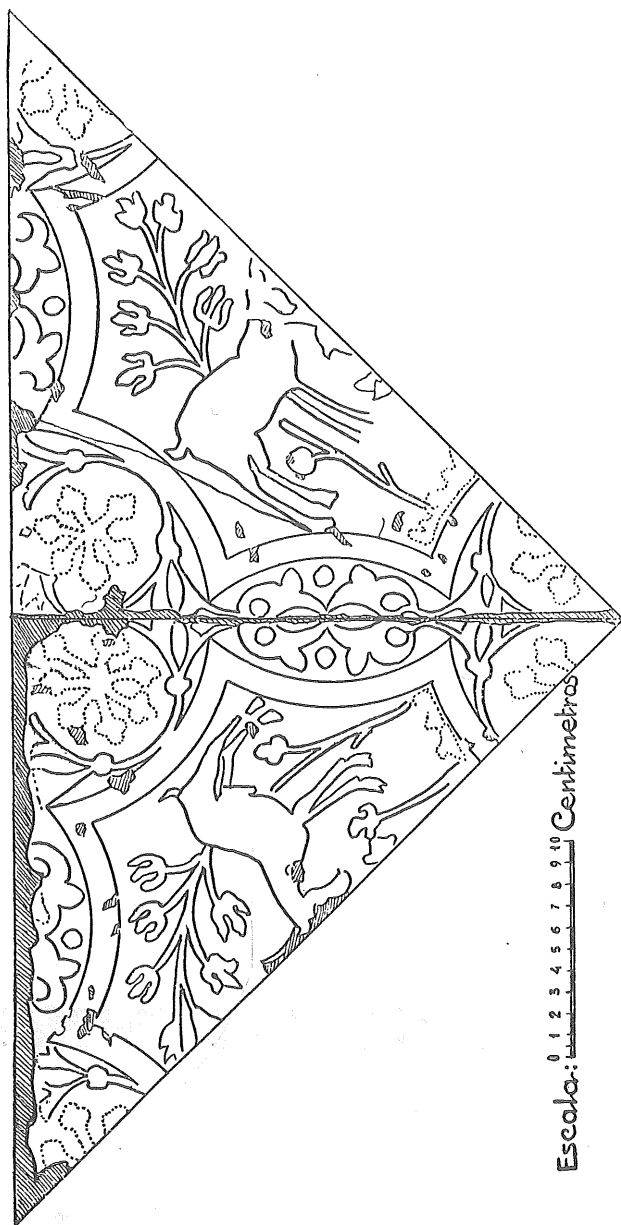


Azulejo de solería en la Torre del Peinador de la Reina.

Obras y reparos. El incendio y voladura de la casa del polvorista inmediata a San Pedro, ocurrido a comienzos de 1590, ocasionó no pocos destrozos en esta Torre, derribando algunas paredes, dejando resentidas otras, quebrando puertas, ventanas y cerraduras, deteriorando las pinturas y los tejados y rompiendo todos los cristales, cuyos bastidores quedaron destrozados (21). Entre las varias obras que hubo que hacer en la Casa Real para la venida de Felipe IV en 1624, fué una la fortificación de los muros del Peinador y Estufa

y la reparación de las pinturas de éste y del Mirador, hecha por Pedró de Raxis; el dorado de los recuadros, del que fueron autores Juan de la Fuente y Alonso Pérez, y la reparación de «el grutesco que está en el peinador», debido a Bartolomé Raxis (22). En 1625 se pusieron encerados de lienzo en los corredores, en sustitución de las vidrieras primitivas (23). Cuando en 1659 la visita Bertaut, existían vidrieras en el Peinador, en el que, escribe, «la reina Daraxa se peinaba» (24). En 1687 hacía necesario aderezarla (25), y cuatro años después, en 1691, era preciso reparar las viviendas bajas, en las que habitaban soldados y donde estaban apuntaladas, por ruinosas, las paredes sobre que cargaba (26). En 1700 faltaban del piso alto parte de la solería de alambrado y algunos intercolumnios de mármol, siendo necesario enlucir varios muros y pintarlos como el resto (27). Con motivo de la venida de Felipe V en 1729, «el Peinador se principió a pintar y remendar a imitación de lo exquisito de pintura que de lo antiguo tenía y estaba muy maltratado por el desorden que los Alcaldes tienen de mostrar la casa. En este Peinador se pusieron en su contorno interior y exterior bastidores de madera con abrazaderas y tornillos de hierro para poner y asentar vidrios y espejos» (28). La restauración estuvo a cargo del pintor D. Martín de Pineda Ponce, el cual reparó el friso de la sala del Perfumador en la parte que corresponde sobre la puerta tabicada del testero sur e hizo nuevamente la decoración de la ventana de la misma estancia (29). En un nuevo reconocimiento, del año 178..., se dice: «En el corredor que se cruza para el Peinador se halla una cubierta con maderas quebradas y caídos los tabiques de los cartabones de la armadura.» Hallándose sumamente deterioradas las pinturas del Peinador, por las inclemencias del tiempo, D. José Antonio García Santisteban, Profesor del Noble Arte de la Pintura e individuo de la Academia de San Carlos, de Granada, hizo un presupuesto para su reparación en 1796, por encargo del Alcaide, que afortunadamente no llegó a realizarse. Un rayo caído en la Casa Real en Septiembre de 1797 produjo, entre otros destrozos, el corrido de las cubiertas del tejado del Peinador.

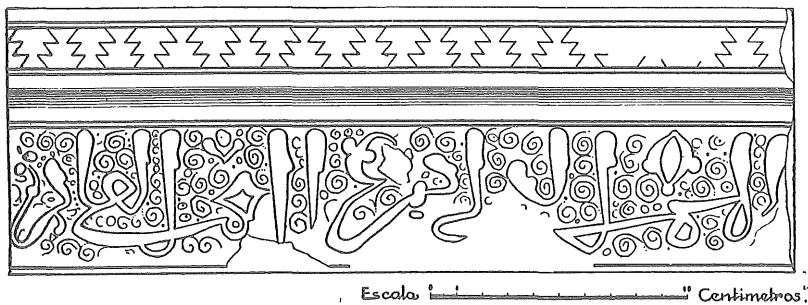
Del pasado siglo poseemos ya documentos gráficos. (Láms. I y II.) Un grabado de la obra de Girault de Prangey (30)—años 1832 y 33—y otros dibujos contemporáneos del inglés Roberts (31), nos muestran la Torre del Peinador sin sus guarnecidos actuales, viéndose las ventanas árabes de su cuerpo bajo, toda desconchada y ruinosas, y



Azulejos de solería en la Torre del Peinador de la Reina.

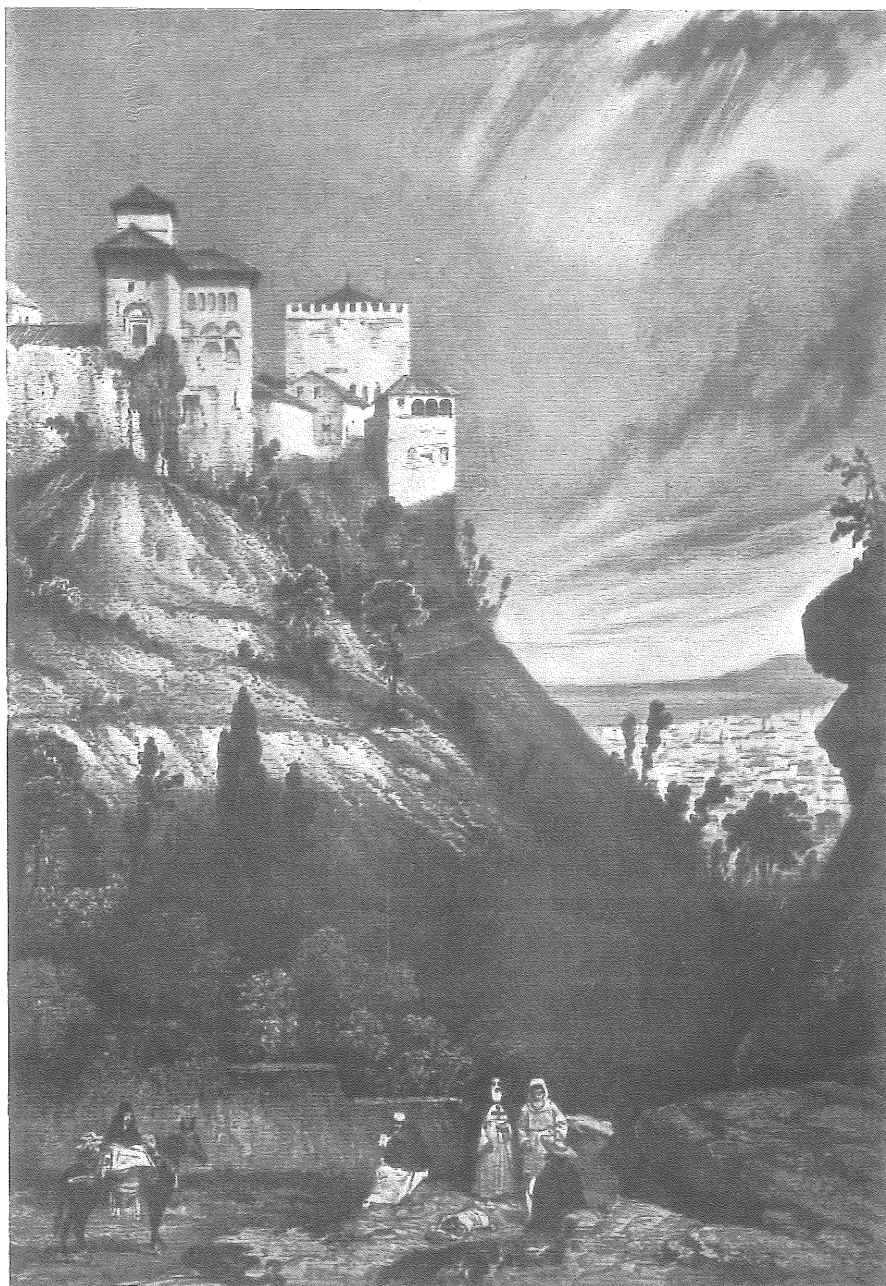
caída la muralla que seguía a oriente, que se arruinó en Mayo de 1831, según una inscripción aun existente en el muro del bosque, junto a los Molinos.

En Mayo de 1836, D. Lorenzo de Prado denunció la ruina que amenazaba al Peinador de la Reina, y los Arquitectos D. José Contreras y D. Antonio López Lara procedieron a una inspección, encontrando no haber tenido novedad alguna después de los pequeños quebrantos sufridos por la ruina de la muralla contigua del huerto del Partal, no dudando de su seguridad y firmeza y hallando

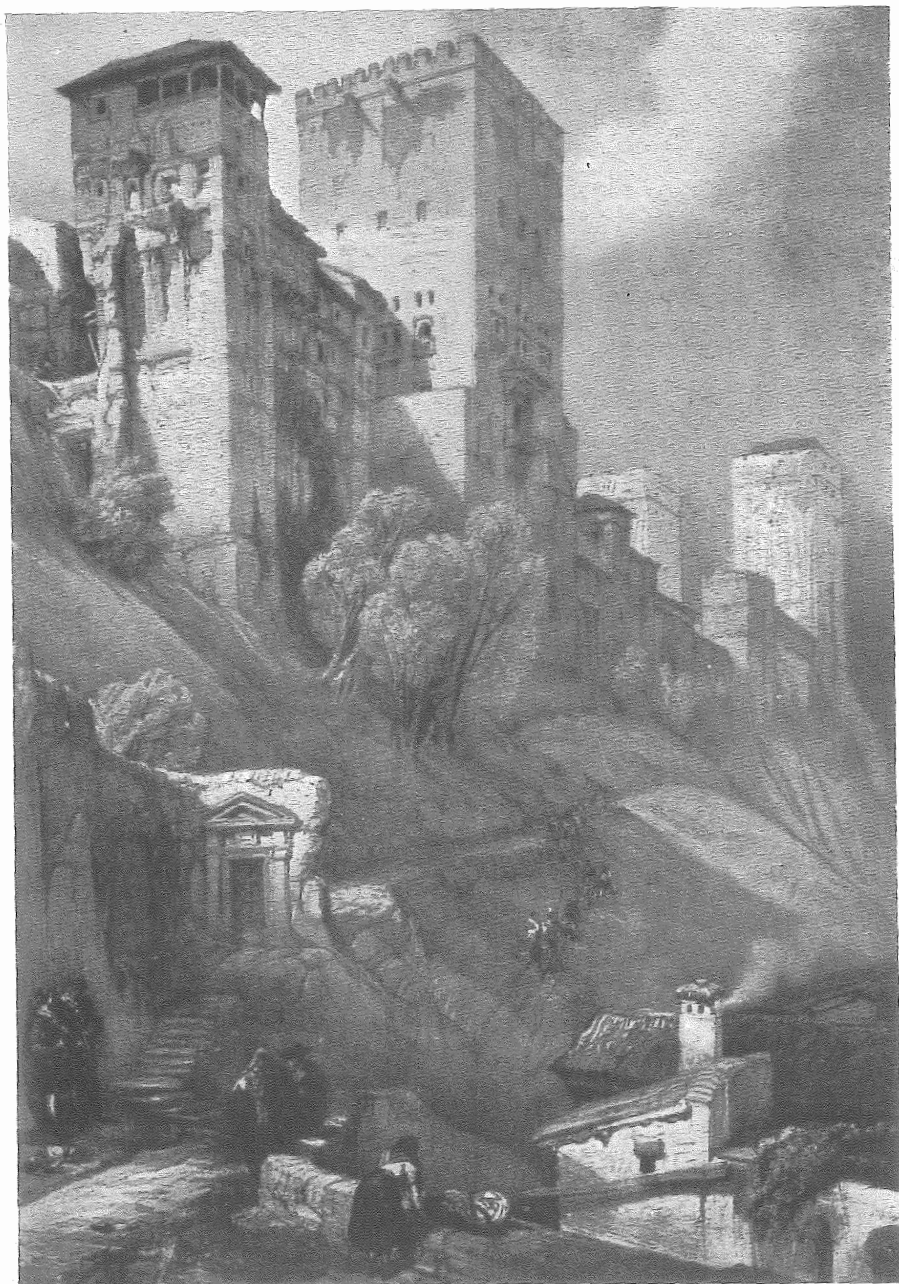


Alizar de cerámica vidriada en los alféizares de las ventanas del Peinador de la Reina.

de necesidad el quitar los cerramientos de tabiques y citaras que estaban reventados en el penúltimo cuerpo y, en su defecto, rellenar aquellos vacíos de muretes de ladrillo y mezcla, «bien fraguados y apretados, del mismo modo que sus muros principales, sin dejar otra ventana que la que mira al norte, siendo también conveniente el continuar el extremo de la nueva muralla que arrima al Peinador, con el objeto de asegurar el ángulo que apea sobre este punto y que es en el que se notan los pequeños cuarteos». En 31 de Agosto del mismo año se autorizaron, por Real orden, estas obras, que serían las realizadas en 1837 por un importe de 7.400 reales. No fueron suficientes, y en 1840 y 41 propone D. José Contreras «calzar toda la cortina de muralla que está debajo de la galería que conduce al Peinador», estableciendo «en la parte superior de este muro una arcada... para sustituir el puente de madera que se hallaba podrido y próximo a caerse». Aunque la Torre se había reformado al tiempo de hacer los reductos, atrincheramientos y aspilleras para defenderse de los facciosos, tanto en estas habitaciones como en el Pei-



La Torre del Peinador de la Reina y las construcciones inmediatas, según un dibujo de Girault de Prangey, de los años 1832-33.



La Torre del Peinador de la Reina y las construcciones próximas, según un dibujo de Roberts, de los años 1832-33.



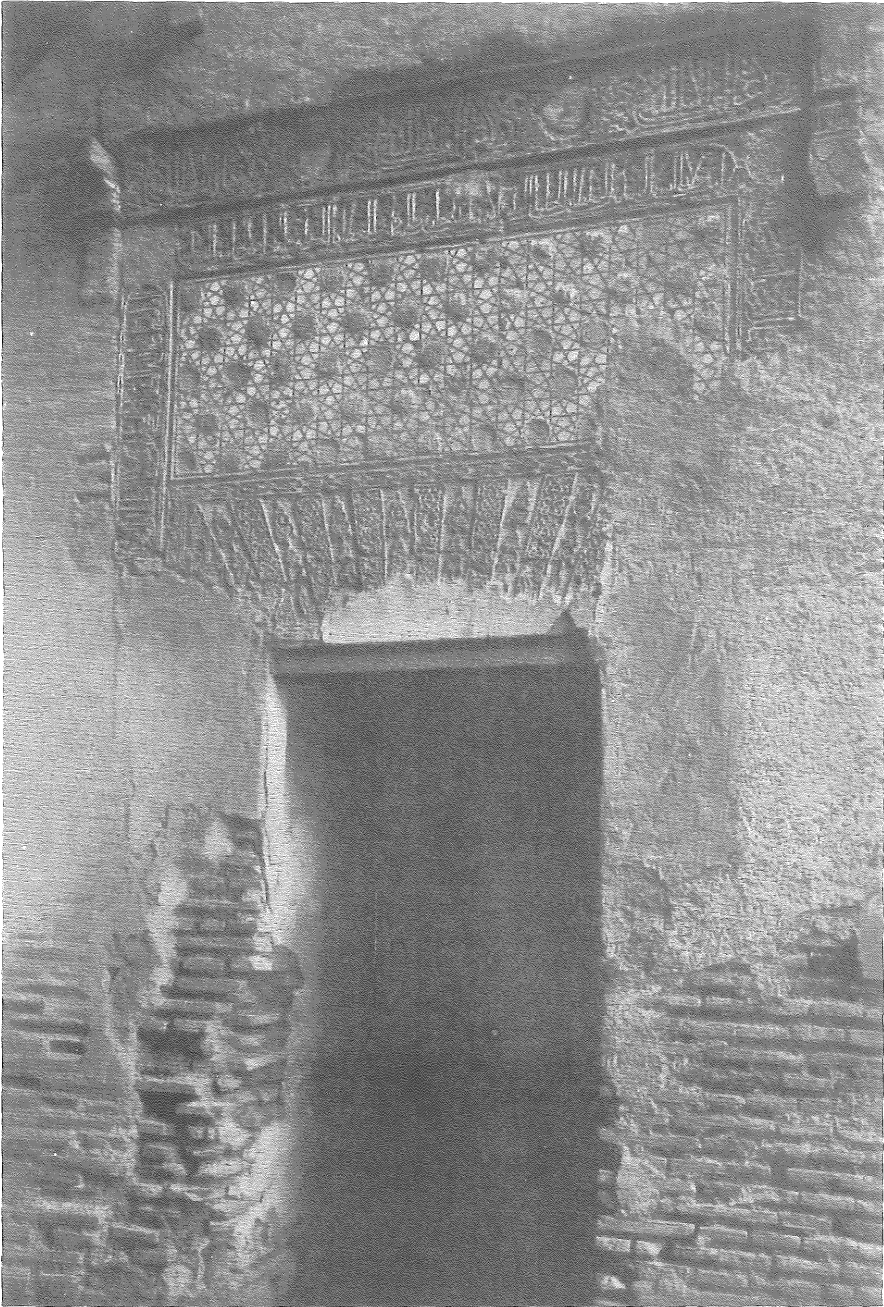
Fot. Torres Molina:

La Torre del Peinador de la Reina, por su lado de Levante, en 1929.



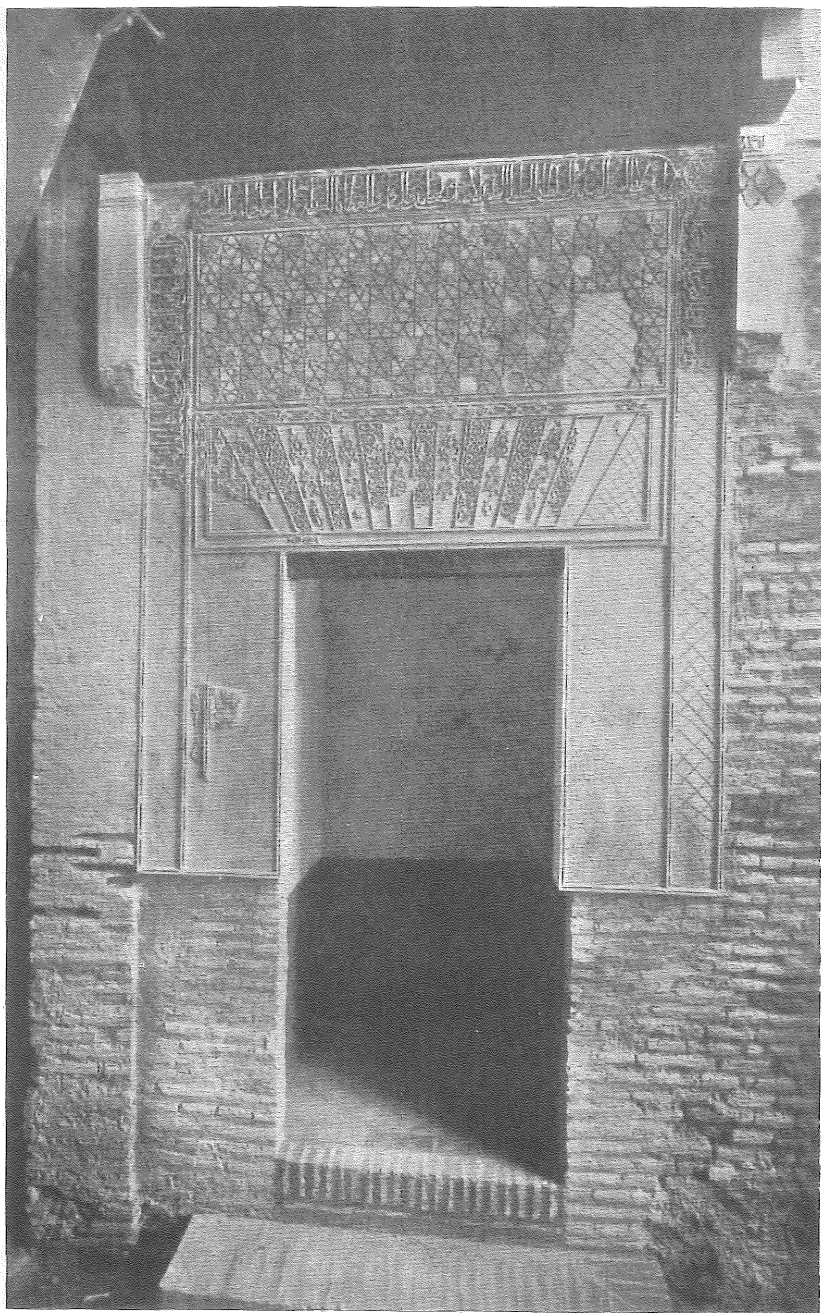
Fot. Torres Molina.

La Torre del Peinador de la Reina, por su lado de Levante, en 1930.



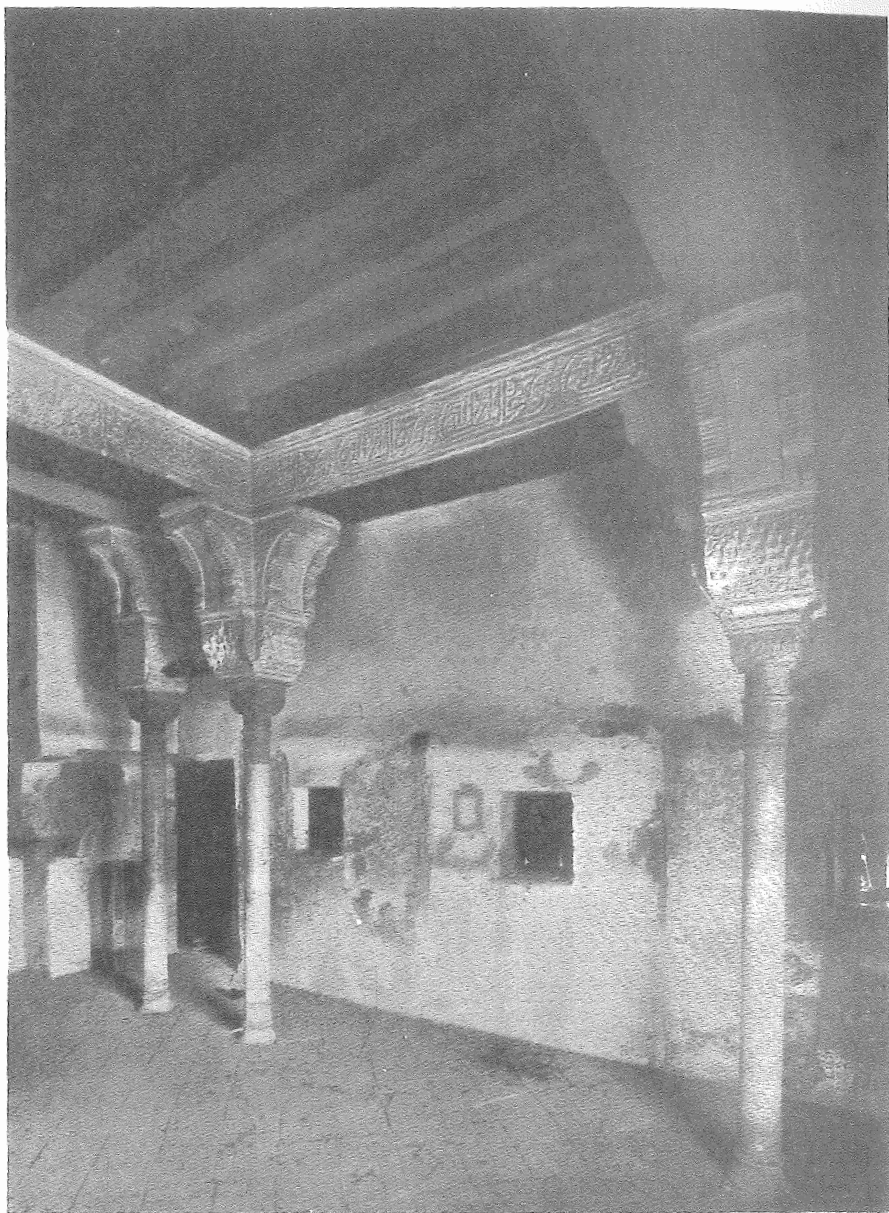
Fot. Torres Molina.

Puerta de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1929.



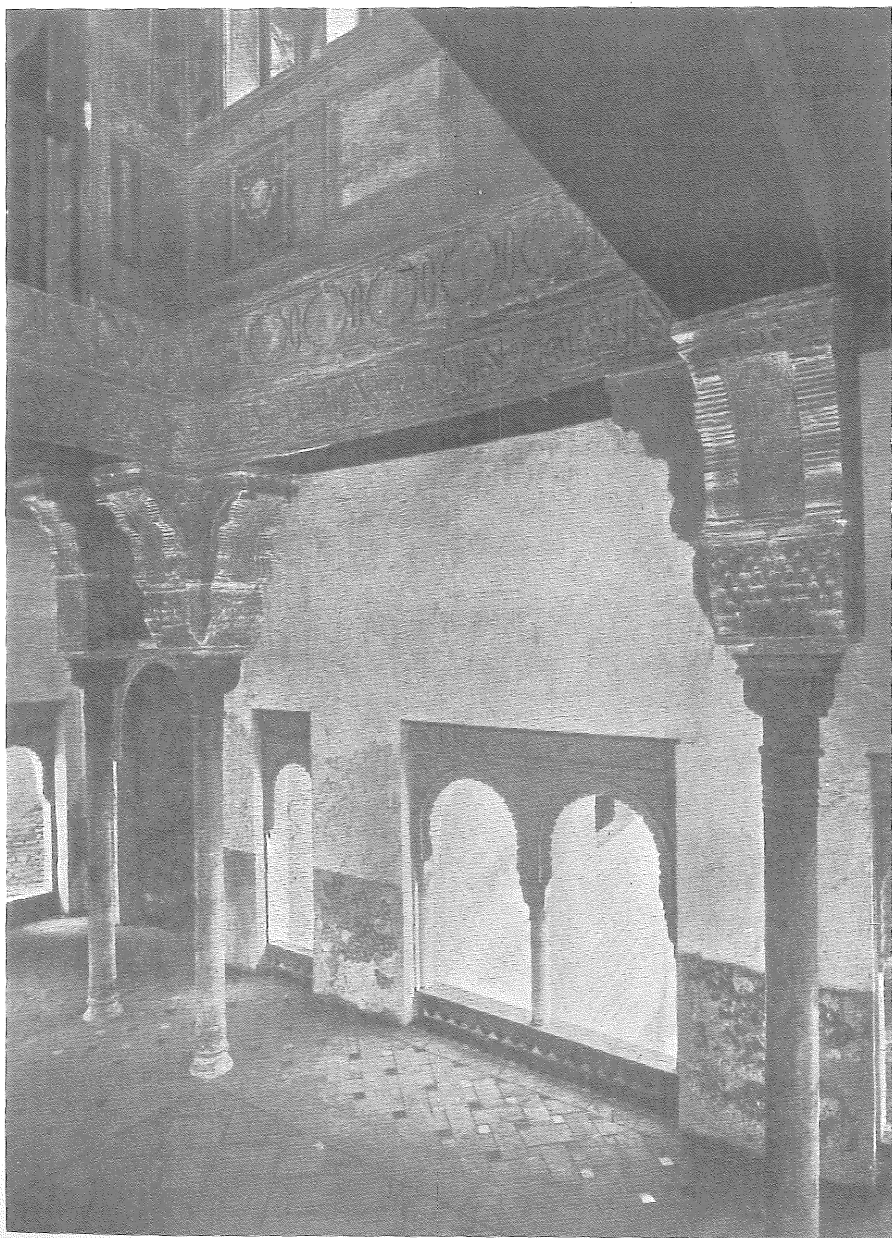
Fot. Torres Molina.

Puerta de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1930.



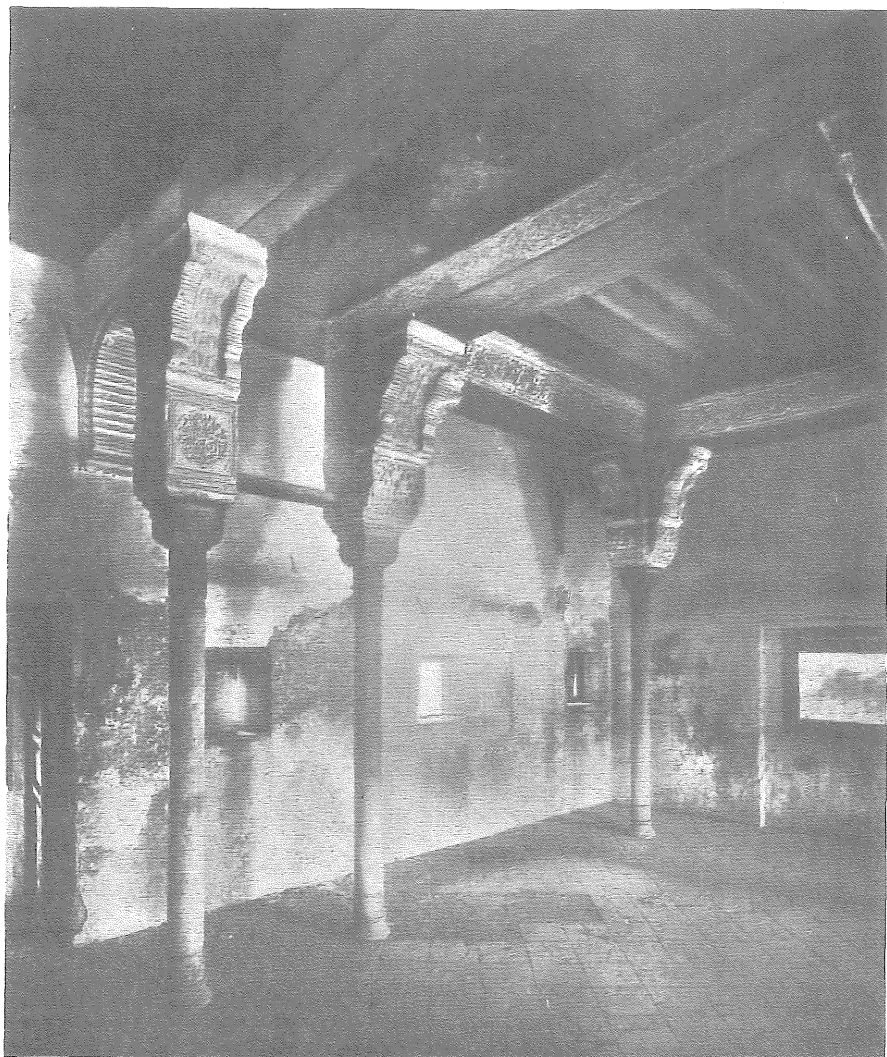
Fot. Torres Mosina.

Interior de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1929.



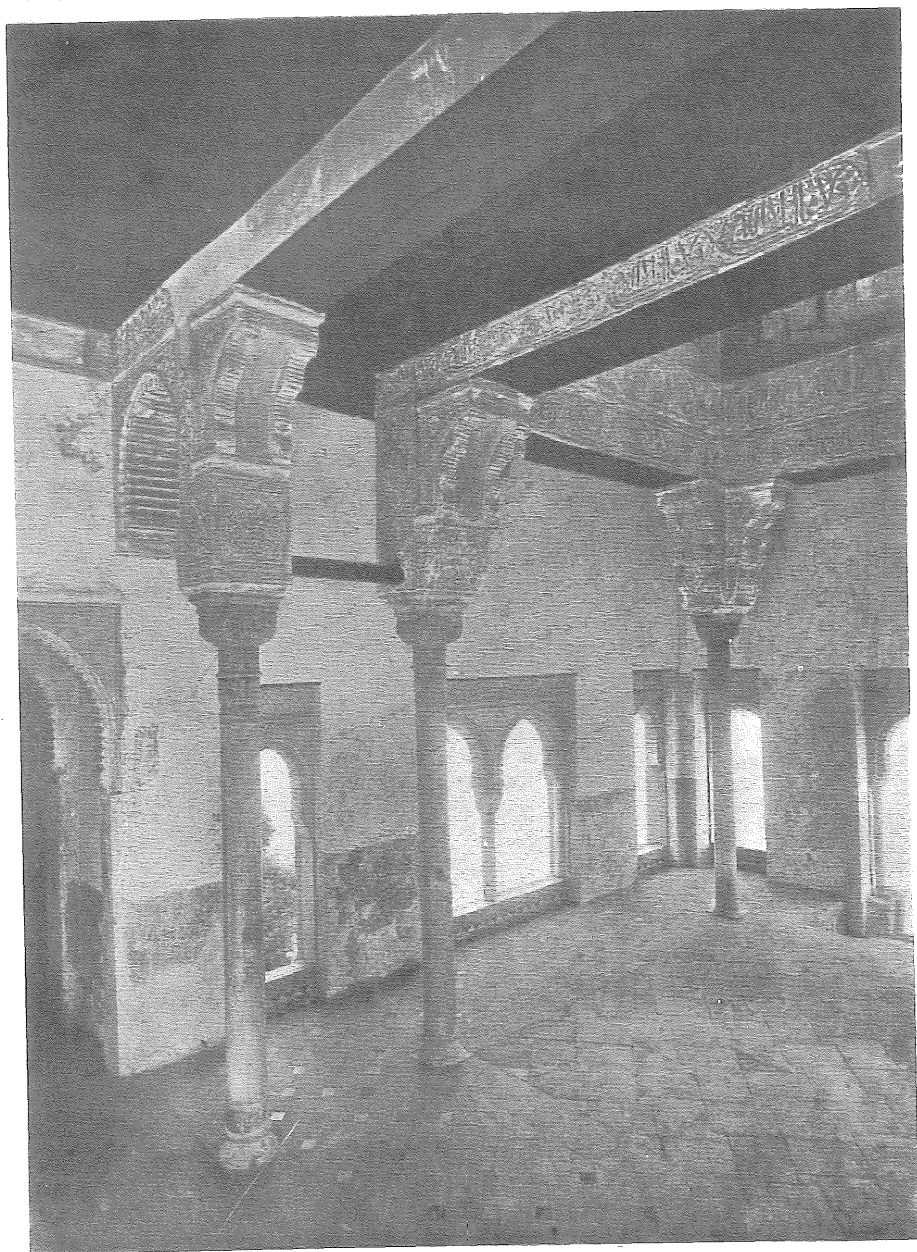
Fot. Torres Molina.

Interior de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1930.



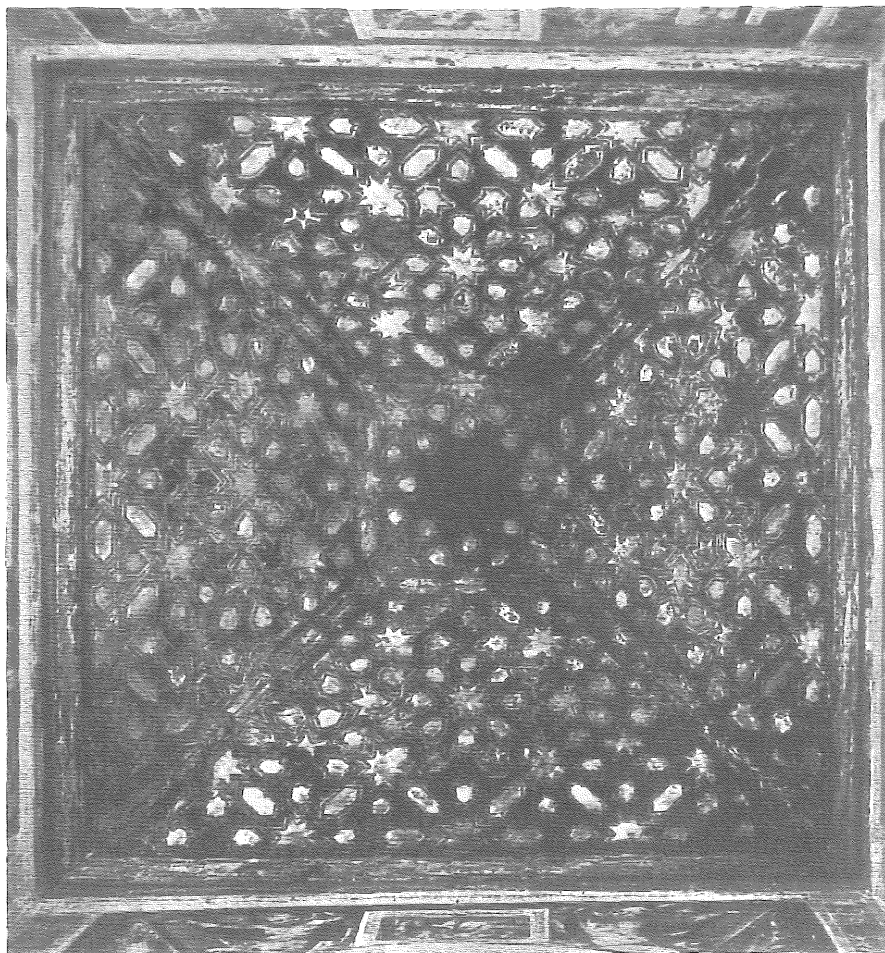
Fot. Torres Molina.

Interior de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1929.



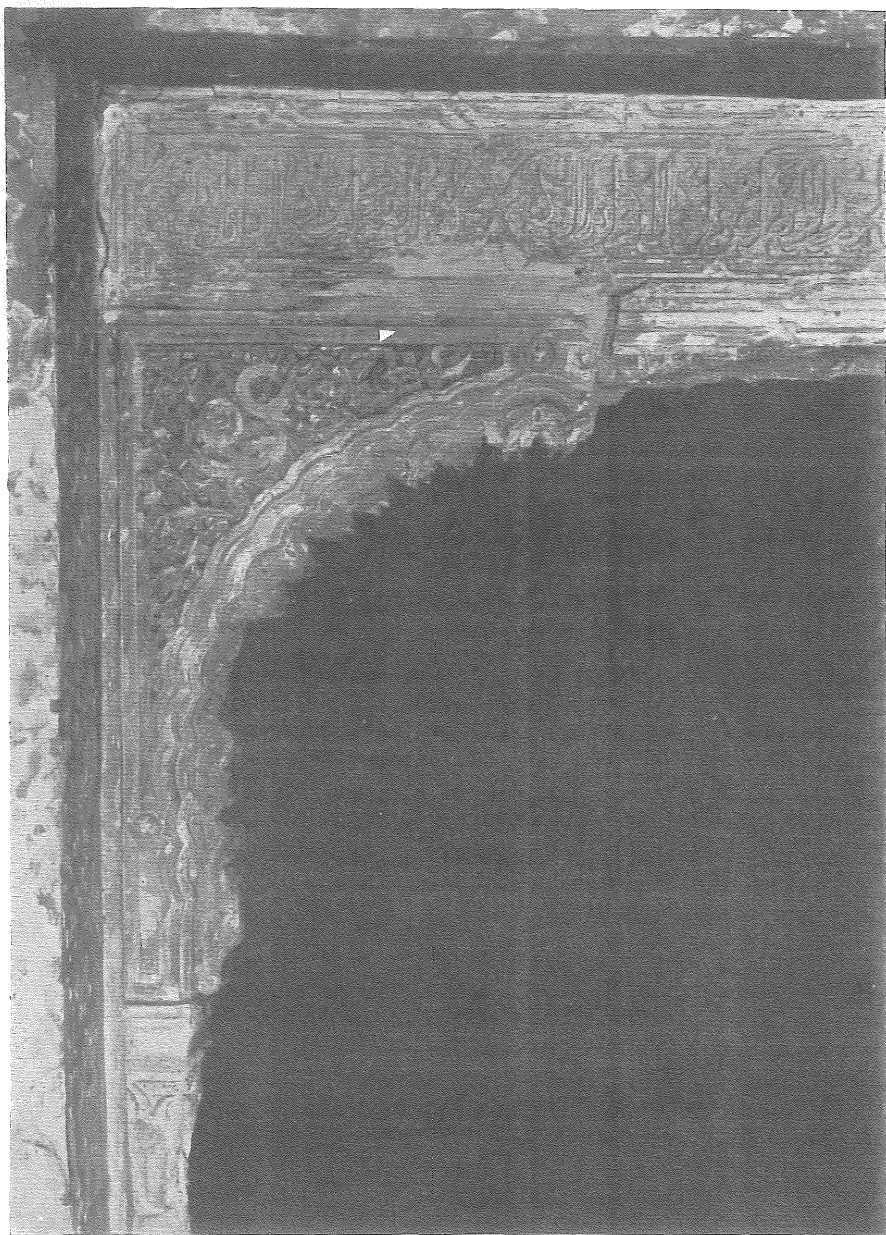
Fot. Torres Molina.

Interior de la estancia árabe de la Torre del Peinador de la Reina, en 1930.



Techo de la Torre del Peinador de la Reina.

Fot. Torres Molina.



Fot. Torres Molina.

Parte de un arco de uno de los balcones de la Torre del Peinador de la Reina.

nador y en las galerías se habían quebrantado algunos arcos, desplomado los muretes sobre los que gravitaban las columnas del mirador y galería, movido la mayor parte de ellas, desplomadas y desenlazadas las maderas de los suelos y cubiertas, y destrozadas las solerías (32). En 1842 se reedificó el muro de la galería que conduce al Peinador, recalzándole, y se reformó aquélla, aprovechando únicamente algunas de sus columnas y maderas, quedando, según aseguró Contreras, en la misma forma que antes tenía (33). En 1857 se revocó y encintó la Torre (34), figurando también obras al año siguiente, que ignoramos en qué consistirían (35).

Finalmente, en los primeros meses de 1930 se realizó la reparación total de esta Torre, rehaciendo la armadura y el alero de madera, este último según un fragmento que quedaba del siglo XVI; desmontando el suelo que cortaba la linterna y el hogar del sahumero; abriendo los balcones primitivos y rehaciendo sus arcos y columnas de escayola, así como los alizares y alféizares; limpiando de cal y humo seculares las paredes y techos del interior; consolidando la parte inferior de los muros; reparando la puerta, que se protegió con un alero de canecillos lisos; sustituyendo la solería, moderna y mala, de la estancia baja, por otra de ladrillo antiguo con alambillas; aplomando las columnas del paseador alto; reparando los techos y el artesonado árabe del cuerpo de luces; y, finalmente, borrando en lo posible los grafitos y refrescando las pinturas del siglo XVI.

A más de su interés artístico y arqueológico, tiene esta Torre el de poder fecharse con bastante verosimilitud por sus inscripciones. En efecto, como queda dicho, los medallones de las enjutas de su puerta interior y el friso del artesonado de la linterna refiérense a Abul Achach (Yusuf I, 1333-1354), y la inscripción de la puerta de afuera parece aludir a la restauración de Mohamed V en el trono de Granada en 1362, siendo, pues, la puerta, obra muy poco posterior a esa fecha.

NOTAS

(1) En el plano de Machuca (hacia 1530), figura un jardín en el patio. El nivel del suelo antes de la construcción de la Torre estaría más bajo que el actual; su puerta indica que entonces hubo de rellenarse. Por esta parte—entre la Torre y el muro del patio—no han aparecido vestigios árabes de consideración.

(2) *Antigüedades árabes de España* (láminas grabadas en los últimos años del siglo XVIII; la segunda parte se editó en la Imprenta Real en 1804).

(3) No publica la traducción de las inscripciones de esta Torre el Sr. Lafuente Alcántara, por lo que insertamos las de Antonio Almagro Cárdenas, en su obra *Estudio sobre las inscripciones árabes de Granada*, con un apéndice sobre su Madraza o Universidad árabe, Granada, 1879, págs. 126 a 130.

(4) Parece referirse esta inscripción a la vuelta y restauración de Mohamed V en el trono de Granada (1362), que ocuparon, después de arrojarle, su hermano Ismael y Mohamed VI, hecho referido por el historiador granadino Aben Aljatib. (Ver Almagro Cárdenas, obra citada, páginas 131 y 132.)

(5) Tal vez perteneciese a él un canecillo labrado que se halló recientemente en el macizado de las ventanas antiguas; las dimensiones de su sección son 7 por 10 centímetros. En las cajas o entregas de esos canecillos aparecieron tres fragmentos tallados del mismo tipo y de dimensiones muy parecidas: 9,8 por 6,6 centímetros.

(6) El muro de la izquierda, que parece interrumpiría el adarve, lo creemos anterior a la Reconquista, lo que indica que la única entrada de la Torre por este lado era la puerta; el camino de ronda no seguirla a enlazar con el pasadizo, como a primera vista pudiera sospecharse. A la izquierda, también, se ven dos almenas de hormigón y el espacio entre ellas macizado de fábrica de ladrillo; la Torre del Peinador hízose, pues, con posterioridad a la muralla de esta parte, sobre el adarve e interrumpiendo éste.

(7) Aun lo está más el que decoró los zócalos de la escalera de subida.

(8) Debo esta traducción, así como las indicaciones referentes a los letreros sobre las ventanas, al Sr. Levi Provençal, Director de la Escuela de Estudios Superiores de Rabat.

(9) Y fueron colocadas en los alféizares, al reconstruir éstos en las obras de reparación. También entonces se rehicieron los arcos y columnas de los balcones, sobre los datos indubitables encontrados y dejando aquéllos lisos, según sistema seguido ahora en la Alhambra.

(10) Véase Manuel Gómez-Moreno: *Arte cristiano entre los moros de Granada*, publicado en Homenaje a D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado, *Estudios de erudición oriental*, con una introducción de D. Eduardo Saavedra, Zaragoza, 1904, y *Cerámica medieval española*, cursillo de ocho conferencias por el Dr. Manuel Gómez-Moreno, de la Universidad de Madrid, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1924.

(11) Junto al balcón gemelo del norte encontré bajo la solería existente, otra de ladrillo y el solero de un balcón de madera; la creemos obra posterior a la Reconquista.

(12) Antes de esta obra, Julio de Aquiles pintó y doró la capilla del Camarero en la iglesia de San Pablo de Úbeda, acabada, según su inscripción, en 1536, con «grutescos al romano» y otros adornos, según el contrato conservado en el Archivo de protocolos de Úbeda (La Capilla del Camarero Francisco de Vago, en San Pablo, de Úbeda. *Don Lope de Sosa*, año XIII, número 152, Agosto, 1925). Estos dos artistas fueron llamados de Italia a Valladolid por el

Comendador mayor de León, Francisco de los Cobos, para labrar su palacio en la Corredera, adquirido y reformado más tarde por el duque de Lerma para cedérselo a Felipe III, y ocupado hoy por la Capitanía general. «El Comendador mayor de León, Francisco de los Cobos —escribe Cristóbal de Villalón, al tratar *De la pintura*—, traxo aquí asalariados de Italia dos ingeniosos mancebos, Julio y Alexandre, para labrar sus casas, los cuales hicieron obras al gentil y antigüedad, que nunca el arte subió a tanta perfección.» Julio de Aquiles aparece nombrado en 1533 como juez por parte de Berruguete para tasar el retablo de San Benito. Se dice de Julio de Aquiles «romano», estante en esta dicha villa.

«Fué corriente suponer, porque lo dijo primeramente Francisco Pacheco en su *Arte de la Pintura*, que dichos «valientes hombres», que pudieron ser discípulos de Juan de Udine o de Rafael de Urbino, por ser éstos los primeros que usaron «los gallardos caprichos de los grutescos», vinieron de Italia a pintar las casas que en la ciudad de Úbeda hizo Francisco de los Cobos, y que de allí pasaron a pintar al temple y fresco a la Casa Real de la Alhambra de Granada; y según Palomino, en *El Parnaso Español pintoresco y laureado*, se expresa que, «sin duda», por informes de Alonso de Berruguete, los pintores Julio y Alejandro «fueron llamados por D. Carlos I para pintar en la Alhambra, trabajando también «las célebres casas de Francisco de los Cobos en Úbeda», y especialmente la del hospital de Santiago de dicha ciudad, sin otras muchas obras». Palomino les atribuye también las pinturas de la casa del duque de Alba, en Madrid; las del castillo-palacio de éste en Alba de Tormes y las de los acueductos de Mérida, atribuciones que parecen completamente fantásticas. «Lo que resulta evidente es que los dos amigos vinieron de Italia por orden de Francisco de los Cobos, para adornar sus casas de Valladolid, no las de Úbeda (aunque luego, quizá, fueron a esta ciudad), y que en 1537 figura Julio de Aquiles en la Alhambra, ocupándose en sus labores hasta 1542, y luego apareciendo otra vez en 1545 y aun en 1546, pidiendo se le pagara lo que había hecho en la «Estufa», figurando, por su nombre propio Mayner, en la Alhambra en 1541 y 1542.» «Aquiles debía ser el más entendido y trabajaba como jefe de Mayner, pues además de otros detalles, figura en Noviembre de 1537 tasando nada menos que con Diego de Siloe y Pedro de Machuca, la figura de la Fama que, para la portada de piedra, hizo Nicolao de Corte.» Juan Agapito y Revilla, *La pintura en Valladolid*—«Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes» (de éste son los párrafos entre comillas), y *Estudios histórico-artísticos relativos principalmente a Valladolid*, por D. José Martí y Monso, Valladolid-Madrid, págs. 139 a 141.

(13) Simón de Argote: *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos*, tomo II, pág. 187 de la edición de 1820.

(14) El pintor D. Rafael Latorre procede actualmente a la reparación de estas pinturas.

(15) Traducción del Sr. Levi Provençal. Coinciden con ella las publicadas por Gómez-Moreno (*Guía de Granada*, pág. 90) y Oliver Hurtado; Almagro Cárdenas traduce equivocadamente Abu Abdallah por nombre del rey.

(15) *Paseos por Granada y sus contornos*, o descripción de sus antigüedades y monumentos... Tomo I, Granada, MDCCCXIV, págs. 143 y 144. Almagro Cárdenas la publica tomándola de Echevarría, pero con algunas variaciones.

(16) En un documento del Archivo de la Alhambra—leg. 228 y 233—que publicó en parte Oliver Hurtado y más por extenso Gómez-Moreno, en *Cosas granadinas de arte y arqueología*, páginas 139 y siguientes, dícese pagaron 33.560 ducados a Julio, detallando lo por él pintado.

(17) *Guía de Granada*, Granada, 1892, págs. 90 a 92, de donde son los párrafos que se insertan entre comillas. Véase también del mismo autor, *Pinturas del Tocado de la Reina, en la Casa Real de la Alhambra*, Granada, 1873, y Los pintores Julio y Alejandro y sus obras en la Casa Real de la Alhambra, en *Cosas granadinas de arte y arqueología*, Granada.

(18) La Emperatriz habitó en el verano de 1526 en el Cuarto Dorado, según el plano de Machuca conservado en la que fué Biblioteca Real.

(19) En 1539 comienza a pintarse la parte alta del Peinador, como luego se dirá.

- (20) La sección de estos canecillos de pino, algunas de cuyas colas aun se conservan empotradas en el muro, era de 5,5 por 7,3 centímetros.
- (21) Archivo de la Alhambra, legajo 228.
- (22) Archivo de la Alhambra, legajo 61.
- (23) Idem íd. íd. Estos corredores se llamaban de los «mármoles dorados», por los capiteles de las columnas, que estaban dados de oro. Seguimos al Sr. Gómez-Moreno, *Cosas granadinas de arte y arqueología*, págs. 144, 145 y 146.
- (24) *Journal du voyage d'Espagne (1659)*, «Revue Hispanique». Tome XLVII, núm. III, New York-París, 1919.
- (25) Archivo de la Alhambra, «Reconocimiento», leg. 211.
- (26) Archivo de la Alhambra. «Reconocimiento hecho por Juan de Rueda Alcántara, Maestro mayor de las obras de la Alhambra; Diego López y Diego del Arco, Maestros de albañilería», leg. 211.
- (27) Archivo de la Alhambra, «Reconocimiento de los reparos necesarios en la Alhambra, hecho a petición de la Junta de Obras y Bosques».
- (28) Archivo de la Alhambra, leg. 211.
- (29) Archivo de la Alhambra, leg. 147.
- (30) *Monuments arabes et moresques de Cordoue, Seville et Grenade, dessinés et mesurés en 1832 et 1833*, Paris, 1837.
- (31) *Picturesque sketches in Spain taken during the years 1832 & 1833*. London, MDCCCXXXVI. *Jennings Landscape Annual for 1835 or tourist in Spain*. Granada, by Thomas Roscoe. Illustrates from drawings by David Roberts, London, 1835.
- (32) Archivo de la Alhambra, leg. 205.
- (33) Archivo de la Alhambra, legs. 205 y 244.
- (34) Archivo de la Alhambra, leg. 216.
- (35) Estos datos se han tomado de unos volúmenes manuscritos de notas del Archivo de la Alhambra, sacadas por D. Manuel Gómez-Moreno (padre), y de la obra de los hermanos Oliver Hurtado, *Granada y sus monumentos árabes*, Málaga, 1875.